

LA RENOVACIÓN DEL MINISTERIO PRESBITERAL

LA ESPOSA DE LOT, EL TELESCOPIO DE GALILEO Y LA VENTANA DE JUAN

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL SACERDOTE CASADO Y EL MUNDO MODERNO

Antonio Padovano (New Jersey. USA)

No es saludable vivir y trabajar en un mundo y creer y rezar en otro. La armonía de estos dos mundo es uno de los temas del movimiento de los sacerdotes casados, así como el desarrollo de una espiritualidad contemporánea. Cuando nuestra vida diaria está en contra de nuestra vida religiosa, la iglesia es percibida como extravagante, arcaica, extraña y distante. Aquellos que creen y rezan en esta Iglesia, se convierten en un obstáculo para el mundo y para sí mismos.

Me gustaría analizar esta cuestión en tres apartados.

1. DOS MILENIOS Y CINCO SIGLOS

El Evangelio, la Iglesia y el Mundo son los tres puntos claves en la vida de la Iglesia a través de los primeros 2000 años. El evangelio domina los cinco primeros siglos cuando las Escrituras, los Credos y la Cristología se configuran. a partir del siglo sexto y hasta el décimo, el interés se centra en la Iglesia, su estructura, sus Concilios, sacramentos, sistema jurídico e instituciones religiosas. Los últimos cinco siglos están relacionados con la autonomía del mundo y el descubrimiento de su existencia. Concentrémonos en este período que comienza con el descubrimiento del nuevo mundo en 1492 y que lleva al nacimiento de una Europa nueva en 1992. Yo creo que la tarea del próximo siglo será la integración del Evangelio, de la Iglesia y del mundo. La presente crisis en la Iglesia se deriva de una carencia de esta síntesis.

Se puede ilustrar cada uno de estos cinco siglos últimos escogiendo una personó o un evento representativo.

A) El Comienzo: Colón (1492)



Colón sobrepasó la visión limitada del planeta buscando, hasta descubrirlo, un mundo nuevo que pensó que conocía. Esto condujo a Europa y a la Iglesia a redefinir sus sentimientos concernientes al centro del planeta y pareció que el mundo era más grande de lo que suponían. El mundo manifestaba su integridad independientemente de lo que la Iglesia pensaba.

El nuevo mundo no volvió a permitir ser definido en términos de monarquía; aceptó la orden secular, separó Iglesia y Estado, inauguró las democracias nacionales, reunió grupos étnicos, raciales y religiosos y engendró teologías pragmáticas y de liberación. Después de Colón el mundo será diferente y tendrá más autonomía que antes.

B) El siglo XVI: Lutero

Si Colón reformó el mundo en el siglo XV, Lutero reformó la Iglesia en el XVI. Colón nos ayudó a ver que el centro del mundo no era el que se suponía. Lutero desplazó el centro de la Iglesia del papado al Nuevo Testamento, de la jerarquía al pueblo, de los sacramentos a la conciencia, de la autoridad al consenso. Lutero apeló a una nueva relación con el mundo, una relación que aceptaba el matrimonio como bueno en sí mismo y no como una flaqueza humana, aumentando el concepto de vocación para incluir no sólo al mundo del clero, sino también las necesidades profanas. Ser laico en la iglesia de Lutero significaba una vida privilegiada y no era un estado inferior al de los sacerdote ordenados; el laico podía ser enteramente un ciudadano del mundo y no tenía necesidad de entrar en las órdenes o de encontrarse con los sacerdotes para mejorar su relación con Dios. El mundo era diferente después de Colón; comenzó a ser visto, como sagrado después de Lutero.

C) El Siglo XVII: Galileo

Con Galileo especialmente, el mundo adquiere un sentido diferente. De algún modo, Galileo hizo al mundo sagrado y al mismo tiempo insignificante. Sagrado porque tiene existencia autónoma. Insignificante ya que no era el centro del universo. Galileo no tenía todavía, la llave para explicar el significado del mundo. Einstein nos enseñará que la relación de la insignificancia con cada elemento del cosmos es justamente lo que le da sentido.

«La verdad», dice Galileo en la obra de Bertolt Brecht, «es la hija del tiempo, no de la autoridad». La autoridad, podemos decir, no agrega nada a la verdad; es la verdad quién de la fuerza moral a la autoridad.

La verdad es más amplia que la Iglesia. Este punto tiene interés en el asunto de los sacerdotes casados. La Iglesia proclama la verdad eficazmente sólo cuando aprende cómo servir a la verdad. En el caso de Galileo la Iglesia pide que la verdad sea expresada en términos de Iglesia, como si la verdad fuera más pequeña que la Iglesia.

El drama entre Galileo y la Inquisición está aumentado por la tensión que existe entre la validez de la experiencia humana y las exigencias de aquellos que rechazan la información que no les gusta.

Nosotros, sacerdotes casados, sabemos que el mundo es sagrado y lo que hemos encontrado aquí es bueno. Sabemos que nuestras esposas y nuestros hijos son dones de Dios; nuestra humanidad y sacerdocio han sido enriquecidos por ellos. en el drama de Brecht, Galileo nos dice: «No podéis hacer que un hombre olvide lo que ha visto».



Si el celibato es tan maravilloso como la iglesia declara, no tendría necesidad de ser obligatorio. Después de todo, nadie nos obligó a casarnos. El matrimonio nos atrajo por su valor propio; no necesitamos la autoridad de la iglesia para convencernos de esto.

Si el celibato fuera tan beneficioso como Roma dice, ¿por qué tantos sacerdotes lo han abandonado y por qué la mayoría prefiere la opción del celibato y por qué a los obispos se les ha prohibido discutir las alternativas del celibato obligatorio?

El celibato obligatorio es el muro de Berlín en la Iglesia, es la Europa del Este bajo el dominio soviético, es la era de Stalin y Brezchnev antes de Gorbachev.

Galileo, desgraciadamente, se rindió a la Inquisición. Se consoló pensando «no existe un trabajo científico que un solo hombre puede escribir». Cuando sus colegas decepcionados le dicen que un país sin héroes es un país triste, Galileo responde: «Desgraciado el país que necesita un héroe».

Una Iglesia que necesita que un solo hombre escriba su teología y decida su estrategia, una Iglesia que tenga necesidad de un héroe, es una Iglesia desgraciada. Si la teología es verdad, entonces cualquier persona puede escribirla. La verdad convence por sí misma; no tiene que ser obligatoria. Si la iglesia es una comunidad sana, no necesita héroes; el hecho heroico es la propia vida y todos los miembros son héroes. Una familia no necesita héroes; necesita amor, perdón y buenas relaciones para que todos sus miembros sientan que tienen valor.

Creo que Galileo es una figura central en la comprensión de nuestro mundo. Nos da una idea sin igual respecto a la flaqueza de la Iglesia cuando emplea la fuerza e ignorancia para sostener la verdad.

Galileo pidió una vez a uno de sus críticos, Giulio Libri, filósofo de la universidad de pisa, que viniera a Florencia para mirar por el telescopio. Libri le respondió que no lo necesitaba porque el ya sabía la verdad.

En 1600, Roma quemó al fraile dominicano Bruno por haber dicho que la tierra se movía. Diez años más tarde Galileo publicó la misma tesis comprobando con su telescopio que el mundo era diferente de lo que la Iglesia había definido. En 1633 Galileo, bajo la amenaza de la tortura y de la muerte, se rindió ante la Inquisición. Quedó bajo arresto en su casa hasta su muerte en 1642.

Todo el mundo lo sabía: no era a Galileo a quien Roma había apresado, sino a la verdad que no podía controlar.

Se dice que Galileo gritó en un triunfo moral «La Tierra se mueve y Roma no la puede parar». Se mueve porque la Tierra es sagrada, en su integridad y en su propia significación, independientemente de lo que Roma diga. La verdad no se fabrica en Roma. De cara a la verdad, Roma es un servidor, el servidor de los servidores de Dios.

El sacerdote casado y la nueva Iglesia ya están presentes, aquí y ahora, en nuestra asamblea, y esto sin importar que Roma rehúse mirar por el telescopio para ver el mundo como es. «Eppur si muove». La tierra se mueve. La Iglesia se mueve. Roma ya no puede ser el centro inmutable de un sistema solar eclesiástico. No puede sentarse a juzgar a Colón, Lutero y Galileo; tiene que relacionarse con ellos, moverse con ellos y aprender de ellos y corregir sus errores y llegar a ser una parte móvil en lugar del centro inmutable de la realidad. La Iglesia tiene que salir de Roma y venir a los Países Bajos donde se inventó el



telescopio e ir a Florencia donde Galileo lo perfeccionó. Allí, fuera de su casa, Roma descubrirá la verdad, la necesidad de servir a la Iglesia y a la familia humana. Allí aprenderá que es la verdad la que mueve al mundo y a la Iglesia; y no Roma. La verdad no puede ser arrestada en su caminar hacia adelante, ni ser aprisionada en mundos inferiores. Cuando Roma comprenda que la verdad es más grande que ella misma, será curada de la vergüenza de Galileo y logrará la gloria que le deseamos para que guíe a la Iglesia en humanidad y en verdad.

D) El Siglo XVIII: La Revolución Americana

Entrando en el siglo XVIII, estos asuntos son más delicados. Lo sagrado y la autonomía del mundo se aceleran. El valor del mundo no es sólo proclamado por Galileo, sino también por el Renacimiento y el siglo de las Luces; no sólo por la revolución americana, también por la francesa. La verdad se ve como algo que está igualmente en el mundo y en la Iglesia abordable por el intelecto humano como por el Magisterio, tan cierta en la vida cotidiana como en las Escrituras. Cuando el hombre hoy quiere comprobar la verdad, no va a la Iglesia sino al mundo.

Ahora la verdad se ve claramente como hija de tiempo, no de la autoridad. No es fruto de una sola persona, sea el papa o una institución; sino del trabajo en colaboración y colegiado de toda la familia humana entera.

La verdad, como el Cristo resucitado, no está obligada a revelarse en el templo o en el sacerdocio. Como Cristo resucitado, la verdad puede aparecer en cualquier parte. No es tarea del creyente predecir la aparición de la verdad, sino reconocer su validez. Los discípulos no tenían autoridad para proclamar la Pascua. Convencían a los demás porque ellos mismos estaban convencidos; proclamaban lo que habían visto y experimentado; ellos también fueron prisioneros de un sistema religioso a causa de sus convicciones. Ellos no temían el debate ni el desacuerdo, como lo temían los líderes religiosos de su tiempo.

Entrando en el siglo XVIII hay que aceptar que las obras de Colón, Lutero y Galileo fueron esencialmente correctas. Pido disculpas por escoger la revolución porque soy americano y, sobre todo, porque triunfó, diría yo, manteniendo a la Iglesia y al mundo en una alianza amistosa, aunque separados; y el mundo no fue definido por la Iglesia.

En cualquier caso, permitidme decir que la revolución americana fue una fuerte protesta, no contra un mundo centrado en Europa (como hizo Colón), ni contra una Iglesia centrada en un papado opresivo (como hizo Lutero), ni contra un cosmos centrado en la tierra (como hizo Galileo), sino contra una nación centrada en la monarquía.

La revolución americana devuelve la nación al pueblo, exactamente como Lutero intentó devolver la Iglesia a los laicos. Como Colón, la revolución no disponía de mapas para este mundo nuevo de democracia nacional y límites constitucionales. Como hizo Galileo, construyó estructuras nuevas observando y experimentando y definiendo la verdad en su propia integridad sin buscar acuerdos con la Iglesia. La legitimidad no viene de la Iglesia sino del pueblo, que ahora se considera capaz de reconocer la verdad a partir de la obra del espíritu. América da confianza al pueblo como Lutero lo hizo con los laicos.

Si Colón cambió la geografía del mundo y Lutero la definición de la Iglesia y Galileo las fronteras del sistema solar, la revolución americana cambió la constitución del orden político en el mundo moderno. La «Carta de Derechos» declara la autonomía y el carácter sagrado de la persona humana; controla y limita la capacidad de un ministro del Gobierno para definir la verdad como hija de su propia autoridad.



Con todo esto no quiero dar a América más de lo que se merece; tampoco quiero ocultar que hay un lado oscuro en la revolución americana y en lo que la siguió. Sin embargo el mundo fue diferente después de la revolución americana, como lo fue después de Colón, Lutero y Galileo.

E) El siglo XIX: Darwin

Mi opción por Darwin no excluye que otras personas como Marx y Freud sean igualmente candidatas. La elección de Darwin se debe a que los trabajos de Marx y Freud son, en algunas partes, menos convincentes. En cualquier caso, mi historia no está completa ni fuera de discusión y mejora. Yo dibujo las grandes líneas y las fuerzas en juego: y no pretendo ganar la aprobación total o excluir otras posibilidades alternativas.

Las ideas de Darwin fueron condenadas por la Iglesia como lo fue la separación de la Iglesia y del Estado en América. «Eppur si muove». La verdad sigue su camino aún cuando la autoridad trata de pararla en el tiempo. Además de que la verdad no es hija de la autoridad, la autoridad no tiene derechos o influencia moral sobre ella.

Con Darwin la biología del hombre se libera para seguir su propia autonomía y verdad, ya que no está definida por Dios, sino formada, casi caprichosamente, por el tiempo. La capacidad de la Iglesia de basar su moralidad sobre datos absolutos de la biología humana, ha recibido un duro golpe con Darwin. La Iglesia rechaza los descubrimientos sin examinarlos y declara, durante el siglo XX, que la biología humana es absoluta e inmutable, predominando un juicio moral sobre la contracepción, el aborto, la inseminación artificial, la fertilización in vitro y el derecho a la muerte. Se supone que todas estas realidades están resueltas por la propiedad de la biología sobre el derecho del hombre, haciendo verdaderamente de la biología humana el centro inmutable de un sistema solar moral. Una vez más la Iglesia declara que no tiene necesidad de mirar por el telescopio. Roma declara que todos estos asuntos están definidos por adelantado y sin excepción. En efecto, se invoca la soberanía de la biología humana para definir la -moralidad de la homosexualidad y que las niñas no puedan ayudar en el altar ni las mujeres ser ordenadas. Yo no digo que Roma en-todo esto no sea correcta, puede ser: pero sugiero que trabaja de nuevo con un sistema solar desfasado.

Durante el siglo XIX los representantes de la Iglesia han declarado que la biología humana no se desarrolló a partir de formas inferiores de la vida, que tenía una existencia completamente separada y que la Iglesia lo sabía con certeza. Un siglo antes la Iglesia había declarado, que la tierra era el centro del sistema solar y que ella lo sabía con certeza.

Analizando las veces en que la Iglesia se ha equivocado abiertamente en la época moderna, nos admiramos de la audacia que muestra proclamando la infalibilidad del papa. Esto no podía ser efectivo más que con un papa, Pío IX, que rechazó el mundo moderno por entero y su orden político como un mal, en el «Syllabus» de los errores, y que buscó controlar la verdad desde un centro papal.

F) El siglo XX: Einstein

Con Einstein vamos a comprender que el universo no tiene centro y que las relaciones constituyen la única realidad.

Se ha dicho que trazamos nuestra vida siguiendo los modelos del universo que la cultura nos ofrece. Durante los dos milenios de la existencia de la Iglesia ha habido tres modelos.



• *El primer modelo fue el Ptolomeo. El vió el universo como una realidad centrada en la tierra y colocó las esferas de los planetas alrededor de ella como un orden estrictamente jerárquico. El cielo, donde las estrellas eran puras y eternas; la tierra era oscura y mortal. Encontramos este modelo en la Divina Comedia de Dante.*

Este modelo prevaleció durante diez siglos, del quinto al décimoquinto, cuando el modelo de la estructura de la Iglesia era jerárquico. El papa y los obispos existían en un aislamiento glorioso a un lado del resto de la Iglesia. Ellos tenían comunicación directa con Dios y eran personajes sagrados, del mismo modo que los laicos, fuera de los reyes, no lo eran. Este universo Ptolomaico nos ofrece un papado Ptolomaico.

• *El segundo de estos modelos fue el de Newton. Fue desarrollado después de Galileo por Isaac Newton. Es un sistema centrado en el sol, dominado no por esferas jerárquicas sino por una claridad absoluta y por leyes matemáticas brillantes. Todo está en movimiento pero nada está dejado al azar; todo está determinado, como en un reloj, de forma mecánica: un universo impersonal. Este modelo prevalece a lo largo del siglo dieciséis hasta el veinte.*

Estos siglos nos aportaron lo que yo llamaría un magisterio «al estilo Newton». La Iglesia acelera entonces el desarrollo de una enseñanza autoritaria en la que todo puede ser conciliado, clarificado y resuelto desde los conceptos de la Iglesia. Tiene que haber un solo modelo de teología, una sola forma de rezar, una ley canónica, un catecismo aprobado, un sacerdocio celibatario. El Magisterio «a lo Newton» se declara infalible. La pregunta que surge entonces en la Iglesia y más especialmente entre los obispos, no es si lo que dice el papa es verdadero, o útil, sino más bien si él ha decidido enseñar de forma infalible o no. Certeza y claridad son los valores primarios; la duda y la ambigüedad son signos de debilidad. Cuando Pablo VI publicó la «Humanae vitae», que no es más que una encíclica - no un documento conciliar- la pregunta que surgió en la Iglesia con ansiedad, fue si esta doctrina era infalible o no, clara y definitiva para todos los tiempos, o si los católicos la podían discutir. Juan Pablo II nombra obispos cuyas enseñanzas son indudablemente claras en todo lo concerniente a doctrina y disciplina. El Magisterio «a lo Newton» es certero, inflexible, mecánico, impersonal e inabordable. La verdad no es más la hija del tiempo, sino de la autoridad.

• *Einstein nos ofrece el tercer modelo, un universo relativo y relacionado en todas sus partes, participando en todo momento. Cada átomo influye en cada otro átomo de modo que nada existe aisladamente. No hay jerarquía; el universo es católico y universal. No hay claridad; el universo es un misterio profundo y nuestra actitud es respetuosa.*

El único concilio ecuménico desde Einstein, el Vaticano II, es un concilio que refleja esto. Apela a la colegialidad y a la comunicación -no de ninguna enseñanza infalible- y ofrece imágenes de una Iglesia participativa, el pueblo de Dios y la liturgia como obra del sacerdocio de todos los creyentes. Nos recuerda que la Iglesia es un misterio y apela a una comunidad de iglesias locales, de culturas, de teologías y de tradiciones diferentes. El Vaticano II es muy distinto del papado de Ptolomeo, de un Inocente III o de Pío XII. No pide, como el Vaticano 1, la claridad newtoniana, infalibilidad papal ni certidumbre racional para hacerse valer.

En el universo de Einstein todo está en movimiento y nada está en reposo. Si el movimiento pudiera pararse un instante, se destrozaría. Me muevo, por eso existo, podríamos decir.

En un contexto como éste, no tiene sentido continuar con el celibato obligatorio con la única razón de que lo llevamos haciendo mucho tiempo, ni reafirmar el rechazo de la contracepción porque el cambio confundiría a la gente.



No hay razón más válida para rehusar la ordenación de la mujer que decir que no la hemos ordenado en el pasado.

El cambio en el universo de Einstein no es desesperado sino creativo, porque todo está controlado por su relación con el resto. Einstein nos dice que el universo tiene forma pero no centro y que ninguna parte da a las otras dirección y sentido.

Si lo aplicamos a nivel teológico, podemos mantener que Dios no existe en ningún centro sino que de algún modo está por todas partes. No hay ningún sitio privilegiado para estar; la existencia misma es un privilegio. Y Dios está ahí completamente. Todas las partes del cuerpo están igualmente vivas, ninguna parte está más viva que otra. Es cierto, todo el cuerpo vive cuando todas sus partes están unidas. Así el cuerpo es de algún modo menos cuerpo cuando una parte está ausente.

Einstein juntó todas las piezas desunidas del universo y mostró cómo se relacionan. Relacionó la luz con el tiempo y el tiempo con el espacio y el espacio con la gravedad y la energía con la materia. Haciendo esto no supo que nos procuraba el dinamismo necesario para el Vaticano II. Juan XXIII abrió una ventana y miró por el telescopio de Galileo y convocó un concilio. De la misma forma, ahora, nosotros intentamos conexionar el papado con los obispos; a los obispos con el pueblo y a los curas con la comunidad; la autoridad con la conciencia y lo sagrado con lo secular; al evangelio con el mundo y al cristianismo con las otras religiones; al catolicismo con la ortodoxia y con el protestantismo; y a lo masculino con lo femenino; a América con Europa y al socialismo con el capitalismo; la estabilidad con el cambio y el matrimonio con el sacerdocio. Nuestro viaje es hacia un mundo nuevo, muchas veces sin mapa, pero nunca más uno sin otra; siempre con un poco de ansiedad pero jamás sin esperanza; capaces de reconocer un nuevo continente en la luz pálida de la luna de un mes de octubre de 1492 o una Iglesia nueva en la ventana abierta de un día de octubre de 1962, cuando el Vaticano II comenzó. Nuestro viaje transcurre Este relato, con toda seguridad, no es por el muro caído de Berlín y más allá de histórico. Es solamente una manera de la plaza de Tienanman, y acoge los corazones libres de los ciudadanos soviéticos y el espíritu libre que ahora reúne a toda Europa.

Nuestros compañeros en este viaje son las mujeres que nos aman y los hijos que nos empujan, los sueños que forjamos en la oscuridad y las plegarias que nos nacen al salir el sol, y aun el celibato que un día escogimos, y el amor que hoy nos expresamos, las lágrimas vertidas y las canciones entonadas.

Solamente una iglesia estática en un universo cambiante puede negar toda esta vida o tratar de castigarla. Si esta iglesia hubiese triunfado, hubiese tenido la razón, Lutero, Galileo, la democracia, la evolución... hubiesen desaparecido. Esta Iglesia estática prefería que nosotros mirásemos hacia el papado infalible para resolver todas las preguntas relativas a la iglesia y al sistema solar, el sacerdocio de todos los creyentes y al origen de las especies, a la separación de la iglesia y el estado, y aun para cancelar lo que debatimos abiertamente. En un universo de majestad infinita y de movimiento, un papado a lo Tolomeo y un magisterio a lo Newton, son extraños e inservibles.

II. UNA EXCURSIÓN CON LA MUJER DE LOT

La historia de la mujer de Lot, en el Génesis, es breve:

«Al amanecer, los ángeles urgieron a Lot:

-Anda, toma a tu mujer y a esas dos hijas tuyas, para que no perezcan por culpa de la ciudad...



Una vez fuera, le dijeron:

-Ponte a salvo; no mires atrás...

El Señor desde el cielo hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra. Arrasó aquellas ciudades y toda la vega con los habitantes de las ciudades y la hierba del campo.

La mujer de Lot miró atrás y se convirtió en estatua de sal».

(Génesis 19,15-26)

(Explicar los pilares de sal que se encuentran cerca del mar Muerto, uno de los cuales se asemeja a la figura de una mujer.)

Yo estoy muy impresionado por la interpretación que de este hecho hace la poetisa rusa Ana Akhmatova: La muerte de la esposa de Lot.

«El hombre justo sigue al ángel de Dios...

Pero la angustia hablaba en voz alta por su esposa: No es muy tarde. Tú puedes aún mirar... Hacia las torres rojas de tu Sodoma natal,

hacia la plaza donde cantabas, el jardín donde hilabas, hacia las ventanas vacías de la amplia casa donde asomabas a tus hijos para tu esposo amado...

¿Quién llorará por esta mujer?

Y su muerte, ¿no tiene la más mínima importancia? Mi corazón nunca olvidará a aquella que dejó su vida por una simple mirada...»

Akhmatova subraya que el recuerdo es algo digno de corazón del ser humano y que representa una categoría moral de protesta y de sentido vital, en un tiempo de opresión y de oscuridad. En términos teológicos, la tradición es la expresión de estos recuerdos que la comunidad encuentra vitales para su identidad.

Nosotros, curas casados, llevamos en nuestros corazones recuerdos y aun sufrimientos que apelan al pueblo de Dios y que, con toda seguridad, representan un lazo con él. Cargado con un peso de esa índole, con paciencia y como testimonio, revelamos la oscuridad y la injusticia de la Iglesia, no para acusarla, sino para liberarla y sanarla. Somos sacerdotes para siempre: por nuestra sola presencia en la Iglesia y por nuestra separación de las comunidades parroquiales, provocamos que la Iglesia reconozca cuántas de sus medidas son destructoras.

Cuando 100.000 curas presentan su renuncia en un período de veinte años y cuando casi no hay candidatos nuevos para reemplazarlos, nos encontramos ante un grave problema estructural y no ante una cadena de abandonos individuales. Este acontecimiento tan masivo y catastrófico en sus consecuencias no puede ser afrontado como algo que apenas existiera. «Eppur si muove...» Es anormal e injusto hacer a los curas casados víctimas; castigarles y denunciarles; suponer que, de no existir ellos, el sacerdocio estaría más o menos floreciente. Esto es comparable a la negativa a mirar por el telescopio. A veces, Roma da la impresión de que si la mujer y el matrimonio no existieran, el sacerdocio gozaría de buena salud. Una vez más, Roma quiere su propio mundo en lugar del que Dios ha creado; prefiere un mundo que no se mueva por propia iniciativa y que permanezca inmóvil por un decreto del Papa.

La Iglesia actúa como si ella ocupara el centro de la historia y el mundo se moviera a su alrededor. Esta perspectiva nos hace retornar a la Edad Media. La Iglesia no debe suponer que el celibato tiene una significación primaria para el sacerdocio y que el matrimonio no posee sino un sentido secundario y, más o menos, indigno. Es aún más ridículo suponer que la Iglesia debería hacer una distinción de calidad entre el matrimonio antes o después de la ordenación. La verdad no tiene un antes y un después, sino un ahora, un presente.



Pero el tema de esta reflexión iba a ser la mujer de Lot. Permittedme considerarla en términos del sacerdocio casado. Hay dos problemas que a veces se presentan cuando los curas se marchan para casarse.

Uno de ellos es la tendencia en lo profundo de algunos a no creer ya más, a renegar de la fe, a no ver más la importancia del evangelio y a no escuchar ya más a sus propias creencias. Se puede comprender por qué algunos toman este camino, especialmente cuando la Iglesia oficial ataca a los curas casados y empuja a que otros hagan lo mismo.

El mismo Papa no ha tomado ninguna iniciativa en este punto para buscar la reconciliación, y presenta la imagen de un vengador, el Gran Inquisidor que mantiene a los curas casados bajo arresto hasta que se retracten de sus matrimonios y de sus elecciones, realidades ambas que ellos han encontrado significativas en sus propias vidas. Desde este punto de vista, la visión del Papa debería ser considerada como la única que da vida a la Iglesia.

Yo creo que nosotros, curas casados, no debemos actuar como si los recuerdos de nuestra fe pasada no fueran más que una curiosidad vacía y como si, mirando hacia atrás como la mujer de Lot, nuestras vidas ya no avanzaran. Dios no se encuentra en el centro estático de la Iglesia institucional, como en otras ocasiones hemos pensado; sino que Dios existe en el universo explosivo de todas las partes de la Iglesia. Nosotros hemos encontrado a Dios, escogiendo contra los deseos de la Iglesia oficial, una viuda fuera del celibato. Pero perder a Dios como el centro de nuestras vidas significa tal vez la pérdida de lo que está más en el centro de nuestra vida.

El segundo problema está relacionado con nuestra identificación como curas. Es posible que hayamos colocado en el mismo nivel el sistema clerical y el sacerdocio, rechazando con coraje un sistema que desvaloriza al pueblo y a veces, al mismo evangelio. Y, sin embargo, hay recuerdos de ayer que no deben perecer. La generosidad y el sacrificio de sí mismo, el idealismo y la pasión por Dios, el fuego profético y el amor al pueblo, nos movieron a convertirnos en curas. Nosotros no tenemos necesidad ahora de ser curas como antes; pero no estaremos de nuevo completos hasta que recibamos el pan de los recuerdos y el vino de la esperanza. El recuerdo es el hambre del corazón humano, no, que nunca se da por satisfecho sólo con el presente.

Es el sacerdocio lo que nos ha traído hasta este punto de nuestro viaje. El sacerdocio nos ha ayudado a conocer a nuestras esposas y continúa vivo en la forma como nos relacionamos con nuestros niños.

Nuestros recuerdos de fe y de sacerdocio no deben perecer en el fuego de nuestra indignación. No conservamos nuestros recuerdos porque queramos decir que sería menos válido ser laicos, sino porque la realidad más simple es que éramos sacerdotes, somos sacerdotes y moriremos como sacerdotes y seremos recibidos por Dios en el cielo como sacerdotes. «El Señor lo ha jurado y no se arrepentirá».

Si abandonamos todos estos recuerdos, concederemos a la Iglesia institucional el derecho a definir la fe y el sacerdocio, y a eliminarnos de su panorama. Nosotros debemos rechazar la idea de abandonar la historia sagrada de nuestra vida, para no dejar de esa forma que Roma escriba el informe de lo que éramos.

El sacerdocio debe ser ampliado, reformado y renovado. Pero no todo lo que la Iglesia hacía del sacerdocio en el pasado, era falso; y, en verdad, no todo lo que nosotros encontramos por el sacerdocio, fue negativo.



Los recuerdos nos curan de una forma que la esperanza no puede conseguir. Hay recuerdos, es cierto, de culto, pero también de ritos; no solamente de clericalismo sino también de solidaridad; no solamente de deberes sino también de liberación; no sólo de obediencia sino también de libertad. Todo lo que fue bueno referido a este sacerdocio del pasado, puede ser transformado y compatibilizado con la demanda de hoy de un sacerdocio profético y del mundo, un sacerdocio que incluya a las mujeres y al matrimonio, la pasión y al trabajo, los hijos y la responsabilidad. Muchas cosas del pasado no sólo son utilizables sino aun necesarias; se puede insistir en un mundo justo y en una Iglesia libre, sin suponer que no había ni justicia ni libertad en la vida que fue antes la nuestra. Un futuro vivible no se puede construir rechazando el pasado con violencia y rabia, o pensando locamente que nuestras vidas en el futuro no tendrán también sus aspectos de injusticia y de servidumbre.

El poema de Akhmatova sobre la mujer de Lot, presenta a una mujer que se niega a vivir sin sus recuerdos, sin su pasado. Nos podemos preguntar si Cristo no nos convocaba al recuerdo durante la última cena, en el mismo instante en que él caminaba hacia adelante, mucho más allá de lo pedido por el banquete ritual, hacia la misma cruz.

Cristo que muere sobre el calvario, muere como judío creyente, sin rechazar los recuerdos válidos de una tradición judía que le llevaba hacia Dios.

Akhmatova pregunta: «¿Quién llorará por esta mujer?» La mujer de Lot está herida, como nosotros, al abandonar su vida de antes; ella es obligada, contra todas sus opciones, como nosotros, a vivir los límites de su vida. Ella rechazaba ir hacia delante sin llevar su pasado como equipaje. Y así, ella mira hacia atrás, allá donde ella cargaba con sus hijos, y allá donde ella cantaba sus canciones gozosas. Por estos recuerdos ella pierde su vida. ¿Quién se atreverá a decir que esos recuerdos no valían la pena?

Hermanos sacerdotes: una tradición profunda de sacerdocio y de matrimonio reposa en nuestros corazones. Cuando nosotros hemos entregado nuestra vida a nuestras esposas y niños, les hemos entregado todo el pasado que nos hacía dignos de su amor. ¿Qué pasará si algunas cosas se han quedado por el camino? Todas las pérdidas de la vida retornan hacia nosotros como regalos, si estamos dispuestos a aceptarlas.

La historia de la mujer de Lot, se dice, no es más que una leyenda. Pero, ¿quién podrá decir si ella misma no fue real y sien el momento de mirar hacia atrás ella consiguió la fuerza que necesitaba para su viaje hacia el futuro?

III. LA VENTANA DE JUAN

El cardenal Barberini era amigo de Galileo y fue receptivo ante sus ideas. Cuando llegó a ser Papa, Urbano III, amenazó a Galileo con la tortura, hasta que se retractó y negó la verdad de sus descubrimientos. ¿Cómo puede Urbano III hacer esto a un amigo, cuyas teorías -y él se daba cuenta- eran persuasivas?

En su obra «Galileo», Bertolt Brecht da a esto una respuesta aceptable. Brecht presenta a Urbano III discutiendo el caso Galileo con el cardenal Inquisidor. Durante su conversación, el Papa se está vistiendo para una ceremonia. Antes de vestirse, está abierto a las ideas de Galileo; a medida que se va poniendo vestiduras, él se va sintiendo más hostil. Una vez vestido completamente, pide que se le torture.

Brecht nos muestra un Papa que vive y trabaja en un mundo, y que cree y reza en otro. Urbano 111 niega la validez de su propia experiencia debido a las exigencias de una



institución y por el puesto que en ella ocupa. La verdad es sacrificada en esta negación de la evidencia. Galileo y Urbano III están separados por el papado y por la elección de vivir en dos sistemas solares diferentes. En el sistema de Galileo, la verdad no es encontrada por la autoridad, sino en el tiempo; la experiencia humana, la autonomía del mundo y de las cosas del espíritu son apreciadas y convincentes. En el sistema de Urbano, la verdad es creada por la autoridad; la experiencia humana, el mundo y la inteligencia, esta tensión entre dos sistemas solares, por así decirlo, están en el corazón de la crisis ministerial de nuestra Iglesia.

Durante nuestra vida, un Papa bien diferente, Juan XXIII, abrió una ventana y el segundo Concilio del Vaticano en 1962. En su discurso de apertura, declaraba que la «violencia sobre los otros» no nos ofrece «ninguna ayuda para encontrar una buena solución» a nuestros problemas. El concilio Vaticano II describe en Gaudium et Spes el mundo como poseedor de su propio sentido y con sus derechos; él veía el matrimonio como una relación de vida y de amor y descubre a Dios en los signos de los tiempos.

Nosotros, los curas casados, somos los herederos de este concilio, al buscar conciliar con nuestros deberes familiares y profesionales la sima abierta entre el mundo de la vida contemporánea y el de la fe tradicional. Es en este contexto donde nosotros construimos a favor de un sacerdocio de celibato y de matrimonio, de hombres y de mujeres, de los que han aceptado un ministerio a tiempo limitado y de los que prefieren la función de cura para toda la vida. Un sacerdocio renovado y ampliado depende menos de la forma que le demos que de la imagen que tenemos de la Iglesia, de la naturaleza del mundo y de las relaciones de la humanidad con los dos.

Fuera de estas correlaciones y conexiones, una espiritualidad totalmente nueva será generada: espiritualidad que surgirá tanto del mundo como del evangelio, tanto de la historia como de la personalidad de cada uno, tanto de la Iglesia como de la tradición. Cuando los curas casados entren en ese universo nuevo, descubrirán que no tiene centro: el centro se encontrará allí donde se vive intensamente y donde se mantengan relaciones con toda otra vida.

El sacerdocio renovado no encontrará el centro de su espiritualidad en los principios generales anunciados por una iglesia universal de una forma teórica, sino en esas experiencias apasionadas que ponen el corazón del hombre profundamente en movimiento y le hacen salir fuera de sí mismo. Solamente cuando sentimos que nuestra humanidad se pone en marcha hacia estas profundidades, hacia su punto de agotamiento y de trascendencia, nosotros empezamos a conocer quién fue Cristo y qué fue la encarnación. Es la pasión lo que abre el corazón del hombre para que Dios pueda entrar en él. La doctrina, y la teología, las instituciones y los sistemas legales no lo consiguen, sobre todo cuando nos enajenan de nuestra propia identidad y nos fuerzan a vivir en un mundo cuyo centro y sistemas solar son artificiales y ficticios. La razón por la cual tanta enseñanza papal es inaplicable, es porque él escribe para un mundo que no existe más y porque él se dirige a vidas que no han encontrado su propio centro de ellas mismas.

Hay que recordar que los discípulos en las escrituras, no encuentran a Jesús en el templo. Ellos le descubren en su trabajo, en los campos abiertos, y sobre el mar en ebullición. Ellos encuentran a Jesús donde hay experiencias de vida. Esto explica, tal vez, por qué la primitiva iglesia no quería templo ni sacrificios, ni sacerdocio ni celibato. En las epístolas pastorales se nos empuja a elegir a nuestros líderes de iglesia solamente entre aquellos que son fieles a una mujer y los que se han comprometido profundamente con la vida familiar. La primitiva iglesia fue una iglesia doméstica y su ritual fue la celebración de una comida familiar. Ella no sentía la necesidad de templo para su salvación. Su santidad provenía de



los recuerdos y de las esperanzas que se aportaban en el banquete, del amor y de la pasión que formaban parte de la vida, y del Espíritu de Dios que estaba presente en todo esto. La primitiva iglesia no tenía necesidad más que de un poco de estructuración para mantenerse; allí donde dos o tres estaban congregados, la iglesia se realizaba y Cristo estaba presente. No es necesario -cae por su propio peso- cargar de romanticismo esta iglesia de antaño como si no hubiera tenido problemas. Nos referimos a ella solamente porque sus prioridades parecen más correctas que las nuestras.

En la primera asamblea de cristianos, Pedro era todavía pescador y Pablo fabricante de tiendas; los apóstoles tenían familia y el reencuentro en comunidad hacía presente la eucaristía. Era importante conocer las caras y los nombres de los que estaban en torno a la mesa, porque la Eucaristía no dependía del sacerdocio, mucho menos del celibato, sino de los recuerdos, de las esperanzas, de los sentimientos y de las vidas de los que se reunían.

Cuando Einstein nos daba un modelo de un universo sin límites y cuando Juan XXIII abría una ventana, nuestros corazones y nuestras almas estaban expuestas a toda la agonía y el éxtasis de nuestras vidas concretas. La confusión que siguió cuando nosotros, curas casados, entramos en este mundo nuevo, la turbulencia de los amores que allí encontramos, el trabajo que emprendimos, la pasión con la cual definimos nuestra fe para que se acomodara a nuestras vidas, reestructurándolas para que se adaptaran a nuestro tiempo, todo ello se convertía para nosotros en la noche oscura del alma. La noche oscura del alma es el acto por el que caemos de una verdad menor hacía una verdad mayor. Cuando hemos realizado esta travesía a un universo nuevo, con forma pero sin centro, nosotros nos hacemos curas por segunda vez, curas para el mundo y para la Iglesia, curas de nuestras propias experiencias vitales y curas que proclaman el evangelio. Nosotros hemos encontrado ahora un mundo unificado en que podemos vivir y trabajar, rezar y creer. No podemos retroceder a un mundo de papas tolomaicos y de definiciones de un magisterio newtoniano, un mundo que somete la verdad a la obediencia, la vida a la institución, el sacerdocio al celibato. No queremos ya más que los discípulos de Jesús se convierten en curas del templo. Ellos preferían partir el pan en los campos y en el calor de sus casas y de sus familiares. Hemos aprendido perfectamente que los primeros discípulos sabían, principalmente, que el corazón humano y el mundo real no pueden ser negados, dado que Dios está en ellos perfectamente presente.

CONCLUSIÓN

Al concluir estas reflexiones, contemplamos en nuestro espíritu las imágenes que forman un todo: la nave de Colón, las 95 tesis de Lutero, el telescopio de Galileo, la carta americana de derechos del hombre, la cadena orgánica de Darwin, y las ecuaciones abiertas de Einstein. Todas estas imágenes fueron formadas con pasión y vibraban con una vida tan abundante, que no podía ser contenida en los odres viejos de verdades y visiones menores.

Nada menos que Dios y la verdad estaban afectados en todo esto. El universo y la iglesia nueva en que vivimos en libertad por la gracia de Dios significan un reencuentro con el Cristo nuevo que hizo explotar los límites de mundos más pequeños y de sistemas eclesiales restrictivos. Cristo resucitado está menos claramente definido que el Jesús histórico, pero nosotros sentimos a este Cristo con la ventaja de nuestro corazón apasionado. Los primeros discípulos no encontraron a Jesús resucitado en el templo. El les salía al encuentro allí adonde trabajaban de nuevo en el mar, y cuando se reunían en familia en el cenáculo.

La iglesia primitiva cristiana parecía profana a las instituciones judías tradicionales.



Resultaba chocante que extendiese el sacerdocio a todos los creyentes. Ella miraba hacia atrás, como la mujer de Lot, buscando todo lo que tenía sentido en el judaísmo, todo lo de Jesús que era inolvidable y, especialmente, lo que se refería a su muerte; pero el Espíritu siempre empujó a los discípulos hacia adelante, hacia el mundo entero, fuera de Jerusalén, hacia un universo sin límites. Allí es donde encontraron su misión.

APORTACIONES DE LOS GRUPOS EN LA SESIÓN PLENARIA

En este caso, las cuestiones aportadas por el ponente y por el comité ejecutivo, fueron:

- A la luz de nuestras experiencias vitales, ¿cuáles son los principales cambios que se imponen en el ejercicio del ministerio?*
- ¿Qué forma debe tomar el ministerio en el futuro para que vosotros y vosotras os sintáis animados a seguir ejerciéndolo?*
- ¿Cómo ha afectado vuestra experiencia de familia a la forma como ahora miráis al mundo, a la sexualidad, al trabajo...?*

Sintetizamos, de nuevo, los elementos y aspectos que más se repitieron en la puesta en común, para aportar, a continuación, la intervención del relator del grupo hispano parlante.

Entre los aspectos que deben desaparecer del ejercicio ministerial, se repitieron los que enumeramos:

- *La instancia en lo sagrado como algo diferente y contrapuesto a la vida normal (por lo que puede suponer de no asunción de la encarnación).*
- *La «profesionalización» del ministerio (no se puede entender ya más como una tarea de expertos, separados, especialistas...)*
- *La monopolización de la verdad y de la ortodoxia.*
- *La tendencia a primar y aun exclusivizarse en la administración sacramental.*
- *«Vivir del ministerio» (por lo que puede significar de «comercialización» de un servicio y por lo que supone de separación de una vida normal).*
- *La suposición de que este servicio eleva al ministro a un plano superior, a una categoría distinta, a un estado clerical...*

Y, como más repetidos entre los aspectos y líneas por los que debe realizarse la renovación del ministerio, se subrayaron:

- *La sensibilidad ante los signos de los tiempos. (Abiertos al mundo y a la historia).*
- *Estar al servicio de la comunidad.*
- *Ser sensibles ante el misterio que entraña toda la vida humana.*
- *Conciencia crítica ante toda forma de autoridad.*
- *Profunda experiencia de fe y de libertad.*
- *Convencimiento de servir por el tiempo que se pida y sin concentrar todas las responsabilidades.*
- *Compromiso y testimonio de vida real, empezando por los campos de la familia y del trabajo.*
- *Volcarse en todo lo que puede aportar mejores relaciones entre los miembros de la familia humana y de la propia comunidad.*

Queremos subrayar que en esta aportación el grupo español partió de la síntesis y del trabajo que se realizó en el encuentro celebrado entre comunidades el pasado mes de mayo en Alcobendas).

Grupo hispanohablante

1. «Hablamos del ministerio presbiteral desde un modelo concreto de Iglesia, refrendada en los documentos fundamentales del C. Vaticano II: Pueblo de Dios encarnado en la vida y en el mundo real y abierto a la historia como fermento de transformación. (Desde otros modelos de Iglesia se hablará de otros tipos de ministerio presbiteral).

2. Consecuentemente con esa eclesiología, todo el Pueblo de Dios es adulto y responsable de su misión.

Cada comunidad cada uno de sus miembros-es responsable de su crecimiento y de hacer visible la misión de la Iglesia. El sacerdocio universal nos hermana a todos los creyentes y hace que no sea correcto vertebrar la comunidad de creyentes sino desde esa igualdad bautismal básica.



Esta línea eclesiológica se ve subrayada por muy diversas experiencias: crecimiento como creyentes adultos experimentados en tantas pequeñas comunidades, las reflexiones y práctica en torno a los diversos ministerios y a la ministerialidad de la comunidad, así como la situación de crecimiento de tantos grupos de creyentes a raíz de la secularización de su presbítero y la necesaria asunción y reparto de tareas posteriores...

3. Este tipo de Iglesia -Pueblo de Dios- comunidad de corresponsables, se realiza en la pequeña comunidad como en el lugar privilegiado para su desarrollo.

4. Lo que se vive como esencial de esta ministerialidad de la comunidad es: la aproximación continua al proyecto de persona plena realizado en Jesús de Nazaret; el verdadero culto a Dios que tiene lugar en el servicio fraterno y solidario a los seres humanos; el servicio básico de edificación de la comunidad de creyentes al servicio del mundo; el servicio reconocido como válido por la comunidad local y la universal.

5. Lo expuesto, consecuentemente, rompe con el esquema que se ha hecho clásico a lo largo de muchos siglos, «clero-laicos», para potenciar el alternativo -más antiguo- «comunidad-ministerios». Se rompe con un modelo clerical, con las siguientes consecuencias:

- no ligar el ministerio presbiteral a un solo sexo;

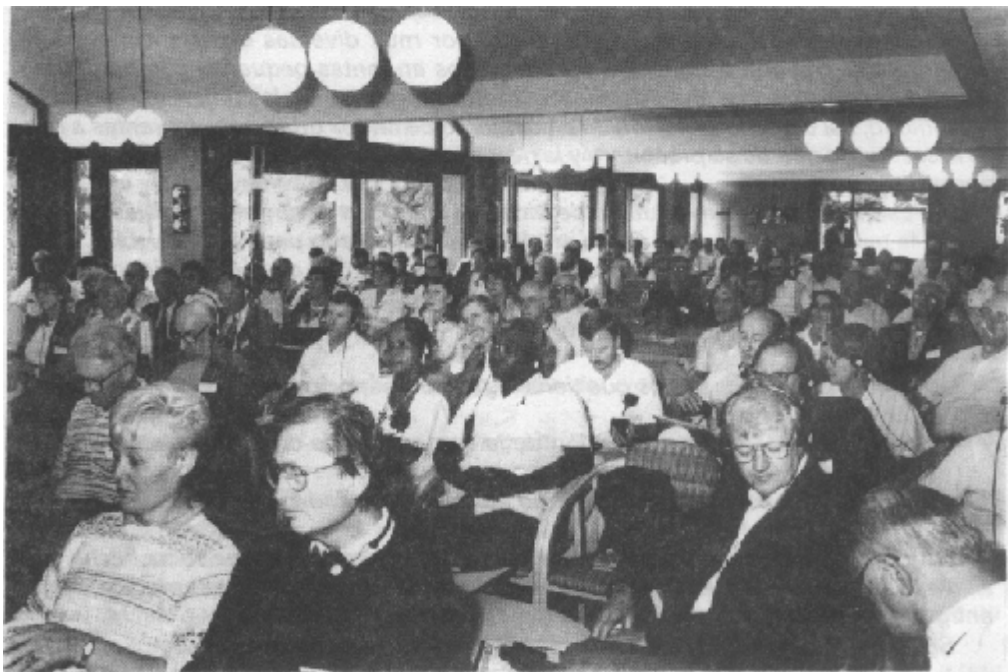
- tampoco condicionarlo a un estado de vida;

- no aislar al presbítero de la vida normal laboral, social y política; - subrayar la provisionalidad del ejercicio ministerial; - potenciar los otros múltiples ministerios en la comunidad.

6. El ministerio presbiteral tampoco debe estar circunscrito ni concentrado preferentemente en lo cultural.

7. Concebimos este ministerio como algo en búsqueda, difícil de determinar de una vez por todas: asumimos la necesidad de arriesgar, buscar, y reflexionar sobre lo vivido.

8. En esta línea global expuesta, tenemos que insistir en la existencia de una gran multiplicidad de experiencias: desde el cura célibe al casado, pasando por la «pareja de casados», ministerio ejercido en forma rotatoria, presidencia asumida por un «laico» o «laica», ministerio compartido, etc.



Antonio Padovano (New Jersey, USA)

Conférence au Congrès de la Fédération Internationale des Prêtres Catholiques Mariés,
Doorn 1990

